

CIENCIA ECONÓMICA Y DESARROLLO NACIONAL * **(La Crisis del Subdesarrollo Argentino)**

ROGELIO FRIGERIO

Quiero ante todo agradecer a ustedes su presencia en este acto cordial y agradecer la invitación a las autoridades de esta casa, tan ufana de su prestigio intelectual como de su generosidad, en la cual he sido introducido con las palabras solidarias del Rector, doctor Héctor Corvalán Lima.

Me referiré primero a los problemas que caracterizan al mundo contemporáneo, entre los cuales me parece fundamental la relación desarrollo-subdesarrollo. Ello nos permitirá aproximarnos con una base rigurosa a la comprensión de los problemas de fondo que ahora enfrenta la Argentina. Este es un momento especialmente grave para el país; estamos viviendo una crisis global que nos invade en todos los planos de la vida comunitaria. Es una crisis de subdesarrollo, pero que no por extendida y compleja es incognoscible en sus causas. Tiene, a mi juicio, un centro de gravedad en la situación económica que se torna cada día más grave.

Se ha pretendido enfrentar la crisis utilizando esquemas con pretendido respaldo académico y el resultado ha sido el fracaso. Esta crisis no ha sido inventada en la última década, aun cuando las políticas aplicadas la hayan profundizado y agravado. El origen es más remoto en el tiempo y por ello debemos recurrir a la historia.

En las ciencias sociales no está excluida la polémica en razón de la presencia que en ellas hace fácilmente la ideología. Las ciencias sociales, como toda ciencia, se ocupan de discernir leyes objetivas. Como estudian fenómenos que no son susceptibles de ser llevados al laboratorio, tal cual ocurre con los de las ciencias naturales, requieren ser abstraídos, ser tratados con una metodología determinada, ser insertados en las tendencias generales, en el contexto de un proceso histórico. Por eso es siempre más

* Conferencia dictada en la Cátedra Libre de Estudios Nacionales de la Universidad de Mendoza, el 14 de octubre de 1981.

difícil hacer formulaciones respecto de las cuestiones económicas, sociales o políticas, que hacer formulaciones respecto de la fenomenología de las ciencias naturales. Cuando se trata de moléculas, temperaturas o distancias, las discrepancias no pasan a mayores; en cambio, cuando decimos que existe un problema respecto del valor de las mercancías o del desarrollo desigual o asincrónico de los países, aparece una lucha encarnizada que no siempre termina con la unanimidad de los disidentes.

Las grandes cuestiones contemporáneas.

El mundo contemporáneo se ofrece, en este momento, como un universo donde se dan cita por lo menos tres grandes cuestiones, tres grandes contradicciones: la del mundo del trabajo que enfrenta al empresariado (la llamada lucha de clases); la de las ideologías que se han polarizado en las del Este y las del Oeste (las del mundo occidental y cristiano y las del mundo comunista); y hay una tercera contradicción que es la que existe entre el mundo subdesarrollado y el mundo desarrollado. Esta última es la cuestión que más nos interesa porque en su seno se juega nuestro porvenir como nación que autodetermina su futuro, con el riesgo de no serlo, de quedar subordinados a procesos de orden mundial sin poder elegir nuestro destino y ver desnaturalizada nuestra cultura. Con respecto a las luchas de los trabajadores, es evidente que en la medida en que el carácter nacional domina los problemas en las diversas comunidades, esas luchas son cada vez más firmes pero cada vez más negociadas y más concurrentes al interés nacional.

En cuanto a las ideologías, es bien cierto que existen abismos entre la ideología de Occidente y de Oriente, pero si creyéramos encontrar el núcleo más hondo de la crisis mundial en el conflicto de la ideología, creo que nos equivocáramos de medio a medio.

En cambio, si focalizamos el problema del desarrollo y el subdesarrollo, el problema del Norte y del Sur, advertiremos que sacude la totalidad de las reservas de la humanidad porque se expresa en una morfología económica con datos objetivos tan dramáticos y tendencias a la agravación tan firmes, que no pueden sino incomodar el sueño de los gobernantes y estimular las reivindicaciones y las angustias de los gobernados.

Existe, en las tres cuartas partes de la humanidad, sólo un diez por ciento del acero y de la energía que se produce en el mundo, mientras que en el otro cuarto, en el mundo desarrollado, se elabora el noventa por ciento del acero (esa es la civilización del acero), y el noventa por ciento de la energía que es la fuerza que mueve toda la actividad material de los pueblos.

En la Argentina y en América Latina se observa una situación sumamente grave y declinante. Declinante en América Latina en su

conjunto y mucho más grave en su extremo austral, en la Argentina. Piensen ustedes que en la última década los países no petroleros de la América Latina han crecido con una tasa anual promedio del 5,2%, en tanto la Argentina lo hizo al 1,9%, es decir casi a un tercio de la tasa de los países que incluyen, por ejemplo, a Bolivia. Esto es grave como pincelada general del subdesarrollo latinoamericano pero es verdaderamente inquietante como caso característico de una crisis orgánica, de una crisis estructural, que padece la Argentina. Esta crisis, como dije, no ha sido inventada recientemente, es estructural y es vieja. Es vieja porque ya en los años treinta, y más concretamente en el año 1928, aparece el carácter deficitario del intercambio argentino, que es una de las bases fundamentales de este quebrando permanente, recurrente, que caracteriza cíclicamente a nuestra economía.

El deterioro de los términos del intercambio.

El deterioro de los términos del intercambio es uno de esos fenómenos objetivos que son sin embargo admitidos y rechazados por los economistas (lo cual no ocurre, como decíamos antes, con la mayoría de las leyes físicas por parte de los físicos). El deterioro de los términos del intercambio se basa en el hecho de que la capacidad de compra de los países de producción primaria, cuyos bienes están caracterizados por el poco valor agregado, descendiendo frente a la adquisición de productos cada vez más complejos, cada vez más perfectos, cada vez más sofisticados, que son los productos de la alta industria. De ese intercambio, de menos valor por más valor, el balance es permanentemente deficitario.

Así, por ejemplo, la serie histórica que analiza los términos del intercambio de la Argentina entre 1928 y 1976 revela que en 1928 teníamos una capacidad de compra de 125 y que en 1976 teníamos sólo 95.

No pocos economistas, cada vez que afirmábamos el carácter permanente de esa ley, nos decían cosas verdaderamente fuertes. En 1972/73 la tendencia se invirtió momentáneamente y mejoró la relación de intercambio. En esos dos años, todos nuestros adversarios se frotaban las manos y decían: "no existe una ley que diga", que los países productores de materias primas y alimentos necesariamente tienen que realizar un intercambio negativo para sus intereses nacionales".

Lo que pasaba era que, como todo fenómeno económico, las leyes sociales no son susceptibles de verificar en cada uno de los elementos de causa y efecto que le sirvan de base, sino que su objetividad y su carácter científico derivan de observaciones tendenciales, históricas. En la tendencia de las décadas es inexorable la declinación de la capacidad de compra de las exportaciones argentinas, pero pudo ocurrir, y ocurrió efectivamente, que en el 72/73 esa tendencia fue revertida y lo fue bastante enérgicamente. Ello

no impidió que posteriormente la tendencia recobrara su sentido y dirección secular y podamos afirmar hoy, desgraciadamente (porque sería mejor que no fuera una ley de carácter permanente), que el intercambio que realizan los argentinos, en función de la ubicación que tienen en el esquema de la división internacional del trabajo es, en efecto, un intercambio deficitario.

Otros efectos del subdesarrollo.

La usina de nuestros desarreglos orgánicos se expresa entre otros efectos, en las crisis cíclicas y en la falta de ocupación genuina. En este momento tenemos una alta desocupación, pero además generalmente los países que comparten nuestras características tienen una ocupación que no es totalmente plena y genuina puesto que la elefantiasis del sector público absorbe mano de obra que no tiene vinculación directa con la actividad productiva; son seres humanos que reciben salarios o sueldos mínimos, que tienen algunas ventajas de carácter social, pero que no son factores de impulsión de la expansión de las fuerzas productivas y no son en sí mismos beneficiarios de un sistema sino, propiamente dicho, sus víctimas.

Tenemos así que la defectuosa ocupación, la inflación, los déficits de la balanza comercial, y de la balanza de pagos son fenomenologías exteriores, epifenomenologías de la problemática del subdesarrollo, que está basado en dos hechos sustanciales. El primero, la falta de integración del aparato productivo. Es un aparato productivo que no está emplazado sobre sus industrias de base que son las que alimentan las industrias livianas y permiten llevar al campo fertilizantes, plaguicidas, implementos agrícolas y electricidad; todo lo cual da lugar a la formación de un mercado nacional fluidamente intercomunicado que paga por esos productos precios correlacionados con su costo de producción, estimulando por ese camino la inversión de las utilidades. Y al subdesarrollo lo caracteriza la imposibilidad de atender al desenvolvimiento de sus actividades materiales en forma creciente, con recursos propios surgidos de los intercambios y de los fenómenos económicos que se operan en su seno y de manera sostenida, digamos autosostenida.

Ustedes me dirán a esta altura de la explicación. "Pero, si es así, por qué en nuestro país todas las terapéuticas que se han aplicado son contradictorias, frontalmente contradictorias con el carácter esencial del subdesarrollo que, como decimos, está en la base de toda nuestra problemática". En efecto es así. Y creo que la responsabilidad de ello cabe a nuestras clases dirigentes.

Historia crítica de la economía argentina.

Una reseña de la historia crítica de la economía argentina nos revela los hitos en que se ha producido para las clases dirigentes de la Nación un punto de bifurcación y frente a él, esas clases dirigentes tomaron el camino

opuesto al que era necesario tomar. Optaron por el camino inverso al que habían elegido los países y las naciones que, en virtud de la inteligencia y de la oportunidad con que tomaron esas medidas, pasaron a ser primero grandes potencias y finalmente naciones de primer orden; algunas de ellas, superpotencias.

Cuando la Argentina hace el tránsito de la Colonia a la Revolución, el caudillo de la Revolución de Mayo, Mariano Moreno, y el general Manuel Belgrano, director del periódico "La gaceta del comercio", sostienen un enfoque que puede ser tomado como un paradigma del problema argentino. El país estaba bloqueado, acorralado por el monopolio metropolitano y frente a ello ambos patriotas coinciden plenamente: rompamos el monopolio, abramos la economía, intercambiamos libremente, pero cuidémonos de que esa apertura se transforme en una actitud crónica en el sentido de librar todas las fuerzas hacia afuera y que, en vez de proteger el trabajo doméstico, lo descuidemos y nos transformemos en un apéndice internacional. Porque los pueblos que siguieron ese camino son pueblos que han conocido la declinación y la miseria. Esa era el razonamiento de Belgrano y de Moreno.

El país resolvió ese núcleo de crisis, pasaron las décadas, desenvolviéndose las actividades primarias: las vaquerías primero, y luego las estancias y los establecimientos que producían tasajo, cueros, etc., y paralelamente lo hacían las artesanías del interior. Todo ese esquema se desenvuelve hasta que, a mediados de siglo, la producción pecuaria alcanza un nivel determinado y prácticamente agota sus fuerzas. En ese momento aparecen los sedimentos correlativos y concurrentes del proceso anterior; se expande la actividad agrícola y un hecho tecnológico modifica la estructura de la actividad pecuaria que hasta entonces era predominantemente ovina: mediante la aplicación de conocimientos provenientes de la física y la química se logra resolver el problema del frío y el país empieza, en la década del ochenta, a exportar carnes vacunas frías y la actividad vacuna empieza a dominar sobre la actividad ovina.

En 1880 la Argentina empieza a insinuarse como un gran país. En ese momento un dirigente de primer orden se destaca sobre todos: el general Roca. Se trata de un militar talentoso, es él quien concibe la apertura de las fronteras australes y, sobre la experiencia de Rosas, lleva adelante victoriosamente la lucha contra el indio. Con ello abre nuevas perspectivas hacia el Sud, le da sentido concreto a la soberanía en la Patagonia y sobre esa base firma documentos que todavía hoy son útiles para la defensa de nuestra soberanía en la región austral de la República.

Pero, ¿qué pasa en el aspecto económico? En el aspecto económico Roca se enfrenta con Pellegrini, con Fidel López, con Hernández. Estos grandes tribunos defendían la protección, estaban con vencidos de su

necesidad y así se lo decían a la opinión pública argentina de ese entonces. Afirmaban que los países que no defienden aguerridamente su industria, su producción autóctona y su trabajo, son países que pasan sin transición de la opulencia a las más graves crisis económicas.

¿Qué contestó a ello el general Roca?: "Abstengámonos de proteger las industrias inferiores". ¿Qué eran las industrias inferiores? Toda industria inicialmente es una industria inferior. Lo fueron las industrias inglesas, cuna de la industrialización mundial; y lo mismo ocurrió con todas las industrias y todos los procesos de desarrollo que se han llevado a cabo con éxito. El desarrollo inicialmente es precario, es rústico, y es antieconómico, pero es el único camino que conoce la humanidad para alcanzar los más altos niveles de convivencia y de progreso espiritual y material.

Incluso desde un ángulo que pretendía ser defensor del movimiento obrero, el fundador del Partido Socialista, el doctor Juan B. Justo, sale en apoyo de las tesis sostenidas por el general Roca. No sólo se opone a proteger las "industrias inferiores", sino que llega a decir que tenemos que exportar nuestro trigo no en forma de harina sino en forma de grano porque nuestras bolsas son burdas e insuficientes; y agrega que el mismo derecho de procesar la harina se reclamábamos para nuestros obreros, lo tienen los obreros ingleses, holandeses, belgas y franceses, que son quienes compraban nuestro trigo. Esta afirmación es verdaderamente una monstruosidad en sí misma, pero mucho más proviniendo de un hombre inteligente, de mentalidad muy bien ordenada, de un intelectual talentoso, de un médico que introdujo en el país por primera vez los métodos de la asepsia. Es una monstruosidad que, en nombre del movimiento obrero, se plantea la destrucción o la falta de protección de nuestra actividad doméstica, porque de esa manera los obreros, decía, "no van a poder comprar los elementos mejores —importados— a costos más bajos". Lo que no entendían, ni Juan B. Justo ni el general Roca, era que el único camino para que los obreros tengan salarios es que tengan fuentes de trabajo y a éstas las crea la protección del trabajo interno y no el librecambio y el aperturismo, cuando las entidades nacionales no han alcanzado determinados niveles de desarrollo.

El Centenario y la decadencia.

Algunos años después, cuando la Argentina celebra su Centenario ha logrado realizar la concepción de Roca: ser una gran potencia agropecuaria. Y lo es, en efecto: en 1910 representa el 75% de todo el maíz que se comercia en el mundo y el 25% de todo el trigo (el cultivo se ha generalizado) pero, además, vende las dos terceras partes de toda la carne que se comercia en el mundo. A su vez, la Argentina es compradora solvente de más del 10% de todo el acero que se procesa en el mundo. El país necesita vehículos, puentes, ferrocarriles, alambrados; necesita

todo aquello que se hace con acero y lo adquiere sin producirlo porque su capacidad de compra en el exterior es muy grande. En ese momento la Argentina es la quinta potencia del mundo. Hoy hemos dejado atrás el cuadragésimo lugar, que es el que ocupábamos hasta hace pocos años. Hemos descendido en la escala de las naciones de esa manera brutal como resultado de la orientación unilateral elegida para nuestro crecimiento económico. En 1930, con la crisis internacional, la corrida de los bancos en los países centrales y el coletazo en la Argentina, se desnuda ante la comprensión de muchos estadistas y economistas argentinos la situación que analizábamos al comienzo: las consecuencias del deterioro de los términos del intercambio a los que estaba expuesto el país por su modo de inserción en el mercado mundial.

Entre 1928 y 1934 caen verticalmente los precios agropecuarios y suben en cambio verticalmente los precios de las manufacturas. ¿Qué hace la dirigencia argentina frente a este fenómeno? Descarga sobre las espaldas de las clases de menores ingresos todo el peso de la crisis. ¿Qué hace un país semejante al nuestro —como Canadá— con la comprensión, por parte de su clase dirigente, de lo que era el mundo en el futuro y de lo que era el progreso mensurable de las naciones? Canadá y la Argentina en 1930 tenían una equiparación absoluta en su capacidad. Cada una representaba el 2,50% de todo el comercio mundial. Después del 30 Canadá pasa a resolver los problemas de su infraestructura de comunicaciones y transportes, y crea sus industrias de base, mecaniza su campo, lo tecnifica y, en virtud de ello, hoy Canadá es una de las grandes naciones del mundo que participa en el comercio mundial con una proporción del 5%.

¿Qué nos pasó a nosotros? En este momento participamos del comercio mundial con un 0,5% del total. Es decir, que de una paridad absoluta hemos pasado a tener una diferencia de uno a diez.

Sin embargo, las clases dirigentes argentinas reforzaron los vínculos con el esquema de la división internacional del trabajo, firmaron el pacto Roca-Runciman y descargaron, como dije, el peso de la crisis sobre los trabajadores. Aparecieron entonces las ollas populares, que ahora resurgen en el país. La Argentina vive una década que un sector del radicalismo denominó, no sin razón, la "década infame".

Resultados del peronismo.

Sobreviene el año 43, aparece en el escenario la figura del coronel Perón, quien en 1946 asume como Presidente. Se ha producido por entonces una concentración de mano de obra en las grandes ciudades porque la guerra impide importar y, en consecuencia, había que sustituir las importaciones. El país protege compulsivamente su producción; el peronismo hace dos planes quinquenales, desde el punto de vista

conceptual determina correctamente lo que hay que hacer, pero al catálogo correcto de las prioridades no se corresponde la correcta financiación de esos rubros fundamentales. En consecuencia, los planes quedan en el papel; se le atribuye, por ejemplo, el mismo caudal de finanzas a la extracción del petróleo que la extracción de agua en las provincias del Noroeste. Desde luego, obtener agua para las provincias del Noroeste expresa un gran sentimiento de solidaridad hacia compatriotas que carecían de un elemento tan importante. Pero obviamente el camino habría arrojado mejores resultados si la Argentina hubiera resuelto prioritariamente los problemas del petróleo y de su estructura productiva, y hubiera generalizado el desarrollo a lo largo y a lo ancho del país. Se trataba entonces, y se trata hoy, de integrar en un sentido vertical desde las grandes industrias hacia todas las demás y, en un sentido horizontal, hacia la saturación de todos los espacios de la actividad productiva que es la que engendra riqueza, fortalece las poblaciones, multiplica la actitud de cultura y, en definitiva, eleva el nivel de trabajo, de vida y de confort de las grandes mayorías.

No se hizo lo que se debía en el momento oportuno; cuando el régimen intenta hacerlo sobre los años 50, ya es tarde porque carece crecientemente de condiciones políticas y, no obstante que manda a su ministro de Economía a negociar un empréstito de 100 millones de dólares para hacer la primera planta de acero, cae antes de que lo pueda utilizar; y, no habiendo financiado oportunamente la extracción de petróleo, se concreta tardíamente la firma de un contrato con la California-Argentina que desencadena un enorme griterío que aprovecha la oposición al régimen. En 1955 termina el ciclo del peronismo sin haber resuelto ni el problema del petróleo ni el del acero que eran dos grandes rubros importantísimos de la necesaria modificación de la estructura productiva argentina.

Sobreviene la Revolución Libertadora que no innova en absoluto en las cuestiones de fondo, no así en la política, donde acentuó los enfrentamientos que dividían a la comunidad. Aparece entonces el desarrollismo como una formulación nueva de los problemas argentinos, en particular de su condición de subdesarrollo. Pudo acceder al gobierno en 1958, con el triunfo electoral de Frondizi (y no se vea en esta brevísima descripción de la historia crítica de la economía un propósito partidario-proselitista). El gobierno desarrollista se encuentra con una situación que es, paradójicamente, bastante semejante a ésta sin que la profundidad de la crisis sea la actual, pero sí con una inestabilidad política que pueden ustedes juzgar si se recuerda que en cuarenta meses, el gobierno desarrollista presidido por el doctor Frondizi, sufrió treinta y ocho crisis político-militares, es decir casi una crisis mensual.

Cuadro de la crisis.

En 1958 la situación era la siguiente: no sólo durante el peronismo, sino desde la gestión de los conservadores de la década del 30, se habían

emparchado los problemas de tal manera que se engendró una profusa burocracia y se establecieron mecanismos que regían artificialmente los precios y los cupos de comercialización. Todo ello se acentuó entre el 45 y el 55. Frente a ese cuadro nosotros tuvimos que resolver el problema por la vía del sinceramiento: los precios no eran reales, las tarifas no tenían nada que ver con el costo de producción de los servicios, el nivel de la paridad cambiaría era totalmente artificial.

¿Qué hicimos entonces? Ante todo, nos propusimos llevar a cabo la política de movilizar las riquezas que el país tiene. Una riqueza fundamental era y es el petróleo. Planteamos al país la estrategia de la batalla del petróleo, firmamos los contratos y antes de fines de 1958 estaban las estructuras movilizándose. El 29 de diciembre de ese año hicimos un convenio de ayuda financiera con el Fondo Monetario Internacional; nosotros queríamos sincerar a fondo la economía y los burócratas internacionales alojados en el FMI nos decían: "van a tener una gran inflación, no la van a poder dominar, van a tener problemas políticos".

Los problemas políticos ya los suponíamos desde antes de asumir el gobierno y teníamos la convicción científica de que si no sincerábamos la economía argentina no iban a venir radicaciones de capital. Dejamos que el nivel de la divisa fuera al nivel natural, con una flotación sucia por parte del Banco Central ("sucia" en el sentido de que el Banco Central intervenía accidentalmente cuando había algún problema de especulación y si ello no sucedía la divisa flotaba libremente). Y dejamos los precios, las tarifas y los salarios liberados. ¿Qué pasó? Durante el año 1959, al año siguiente, tuvimos una inflación del 113%. Había una inflación enmascarada en alrededor del 30% en el momento de iniciar nuestro plan. ¿Qué sucedió entonces con la inflación? En el primer trimestre del 59 la inflación fue del 11,3%, en el segundo trimestre de 9% mensual, en el tercer trimestre del 2,9% mensual y en el cuarto trimestre de 1,9% mensual. Habíamos vencido la inflación.

Hoy no hay otro camino que asumir aquella experiencia y llamar las cosas por su nombre. Hay que advertirle a la población cuál es la verdadera situación: una inflación que se expresa ahora entre 7 y 9% acumulativo mensual es una inflación que esconde espúreamente los profundos contrasentidos y disloques de un proceso económico que debe ser sincerado. Mientras no se sincere no van a venir capitales de riesgo, van a seguir viniendo capitales a medrar en la plaza financiera especulativa como ha sucedido.

Además de haber sofocado y liquidado la inflación, logramos justamente que los capitales de riesgo vinieran y participarán en el proceso de inversiones. Multiplicamos por tres la producción del petróleo. (El país había intentado vanamente autoabastecerse de petróleo durante medio siglo y no había conseguido producir ni la mitad del consumo). Multiplicamos

por tres, es decir, llegamos de 5 millones y medio a 15 millones de metros cúbicos. Multiplicamos por tres la producción de acero; instalamos el primer alto horno del país originado en aquella experiencia frustrada del peronismo. Multiplicamos por cinco la producción petroquímica; multiplicamos por cinco la inversión en caminos; organizamos la industria automotriz y la industria del tractor, que llegó a vender, en 1961, 21 mil tractores. ¿Cuántos se van a vender este año 81? Sólo un millar. Vivimos en un mundo donde, si hay algo que no puede discutirse, es que la humanidad marcha hacia la electrificación, mecanización y tecnificación del campo y que la base de esa tecnificación, de esa modificación fundamental de la estructura productiva agropecuaria, es el tractor. Pues bien, ese elemento simbólico resume en su cantidad exigua el desacierto de la política que se viene aplicando. En este momento es imperioso hacer entender que en aquella política que nosotros aplicamos está el único camino que nos puede llevar a superar esta crisis terrible que inhibe la producción y el trabajo de los argentinos, al punto de que en este momento hay dos millones y medio de compatriotas que han tenido que ir a buscar en el exterior la posibilidad de trabajar y de invertir su talento y su esfuerzo.

Un círculo vicioso de retroceso.

Desde que cae el gobierno desarrollista del doctor Frondizi, reaparecen recurrentemente las fórmulas que las clases dirigentes aplican a la problemática crónica de la Argentina: tanto Krieger Vasena, como Martínez de Hoz y como su sucesor aplican una metodología que consiste en darle la espalda al verdadero fenómeno de la inflación y de la desintegración del aparato productivo. Esa política consiste en congelar los salarios, o alinearlos según el caso y la necesidad ("alinearlos" según los precios que establecen las grandes corporaciones), congelar los precios, bajar la protección, multiplicar la presión tributaria (que se hace inhibitoria de toda actividad productiva) y encarecer el crédito. Todo esto hecho en administraciones sucesivas con distintos instrumentos y diversas proporciones, pero obedeciendo a la misma filosofía, es decir, aquella que se propone mantener intacta la estructura productiva, no modificar esa labilidad sustancial que tiene nuestra economía por falta de la base que otorgan las estructuras fundamentales de la industria y una adecuada infraestructura de comunicaciones y transportes, y por la elephantiasis de un sector público que no tiene nada que ver con un Estado fuerte.

Quien les habla cree que nunca hay suficiente dosis de nacionalismo cuando se trata de asignarle fortaleza al Estado Nacional para librar la batalla de la independencia económica, pero ¿tiene algo que ver la fuerza del Estado con un sector público elefantásico que asume todas las responsabilidades y todas las tareas, que envilece todas las actividades, que enfrenta en falsa competencia a los particulares, que los desaloja de aquellas actividades donde está probado que los particulares pueden producir mejor a más bajo costo? En realidad sucede lo contrario con un Estado como el actual, que en 1980 sólo con sus empresas públicas

—dejemos de lado la administración central, la alta burocracia, las provincias, las municipalidades— ha tenido un déficit del orden de los 8.200 millones de dólares. Ustedes me dirán "8.200 millones de dólares es una abstracción". Pues bien: 8.200 millones de dólares es la totalidad práctica de las exportaciones argentinas. Todo lo que se ha producido y se ha exportado en un año es menos que el déficit astronómico; el 75%, o sea la mayor parte, está titularizado por YPF, Agua y Energía y Ferrocarriles. Sólo tres empresas titularizan ese desastre que es el déficit del sector público argentino. ¡Que en el mundo contemporáneo, un mundo ávido de energía, combustibles y petróleo, una empresa petrolera sea un paradigma de pérdida, de déficit, es verdaderamente inconcebible!

Los voy a hacer partícipes de una anécdota que todavía sacude mi personalidad: el doctor Martínez de Hoz expuso su programa en un mensaje el 2 de abril de 1976, y el día 7 yo almorcé con él. Había tres testigos. Obviamente, por la afinidad de las preocupaciones, el diálogo recayó entre el Ministro y yo. Muy frontalmente le dije que creía que el camino elegido, que yo deseaba que tuviera éxito, no era idóneo y que iba a traer consecuencias graves. Cuando empezamos a analizar tema por tema, le digo, "y, sobre el petróleo, ¿qué va a hacer?", porque tenemos un desfasaje del 8% entre el petróleo que consumimos y el petróleo que producimos y veo que ustedes piensan que el autoabastecimiento lo podemos lograr recién en 1985". Yo quería saber por qué posponía ese objetivo fundamental para casi diez años después, y por qué no lo planteaba para 1977.

Me miró y me dijo: "Mire Frigerio, el petróleo va a seguir una explotación gradual. Yo no voy a hacer lo que hicieron ustedes, voy a hacer cualquier cosa menos lo que hicieron ustedes, porque no quiero que me digan lo que les dijeron a ustedes". Me quedé perplejo. Presidía la mesa en su propia casa un ex ministro de Economía que también se quedó asombrado, lo mismo que el doctor Frondizi, que estaba en la mesa. Era algo verdaderamente inadmisibile. Entonces no me cupo otra que decirle: "Pero entonces en el país hay dos razas de argentinos, los que van a la función pública para hacer lo que el país necesita y los que van a la función pública para exhibir honradez".

Me quedé muy preocupado. Salí de esa reunión con la certeza de que ni el problema del petróleo, ni el problema de los ferrocarriles, ni el problema de Agua y Energía, con las consecuencias históricas posteriores, iban a ser resueltos. Y efectivamente no fueron resueltos.

. . Resultados de un plan.

El 2 de abril de 1976 el ministro Martínez de Hoz dijo que había que pasar de una economía de especulación a una economía de producción

y que su plan se ocuparía de ello. Afirmó que había que resolver los problemas del sector externo, que había que sanear la moneda, que había que ampliar las posibilidades y los ingresos del agro y que había que elevar —"razonablemente" dijo— los ingresos de la población.

Todas estas promesas las hizo sobre la base de que la economía argentina era básicamente sana. Traté de probar personalmente y a través de escritos, de conferencias públicas, de cartas y de polémicas con él y con el señor Alemann —tan profuso en eclosiones literarias— que lo que pasa en el país es que hay una economía enferma, básicamente enferma, y que hay que atender sus síndromes totales para resolver el mal que le aqueja, atendiendo no a los fenómenos exteriores, a la epifenomenología, sino al núcleo de su problemática.

Con respecto a que la inflación era producto de una demanda global exagerada, que es como decir que la inflación de un país se origina en los salarios que se pagan en ese país, se puso en evidencia una gran pobreza teórica, una ausencia total de conocimiento científico de lo que es el salario. El salario no es más ni menos que la expresión en dinero de lo que necesita el obrero para comer y reponer sus fuerzas de trabajo, tener su techo, alimentar a su familia, mandar a sus hijos a la escuela, porque en definitiva la familia obrera es la incubadora de nuevos trabajadores en sucesivas proyecciones generacionales.

Procuraré mostrar brevísimamente qué resultados obtuvo:

Prometió una economía de producción sustituyendo la economía de especulación. El hecho de que un banquero extranjero que trajera de 1977 un millón de dólares, haya podido repatriar en 1980 a su país de origen tres millones de la misma moneda revela que este país en esos años —y lo sigue haciendo— trabajó para pagar esos dividendos, para pagar esas altísimas tasas de interés que son únicas en el mundo.

¿Y qué pasó con las otras promesas?

La inversión bruta interna fija, entre el 74 y el 81 cayó un 13%. No se necesita ser economista, ni empresario, ni tener una cultura especializada en el análisis material de las sociedades para saber que, si no hay inversión, no hay desarrollo. Esto lo dicen los clásicos desde Adam Smith y David Ricardo hasta el presente. Todo proceso de crecimiento económico, todo proceso de desarrollo es un proceso de inversión. Un país que en más de un lustro registra una caída de la inversión del 13%, es un país donde no podía pasar otra cosa que las que habíamos previsto y que se atestiguan con este otro dato: que el producto bruto interno, o sea la capacidad de creación de riqueza en un ejercicio anual, cayó desde entonces hasta ahora 5,7% por habitante. (Les quiero advertir que todas las cifras que estoy dando son de las cuentas nacionales del Banco Central o de los propios

organismos oficiales). Es decir, que su primera promesa de transformar la economía de especulación en economía de producción fracasó totalmente.

La segunda promesa fue la de sanear el sector externo. No sólo fracasó, sino que allí fue mucho más espectacular la catástrofe. En menos de cinco años, el país, que debía menos de diez mil millones de dólares — exactamente 9 mil millones de dólares— en 1976, pasó a deber 30 mil millones de dólares y tiene en curso, parcialmente devengado, 4 mil millones de intereses. Es decir, cerca de 35 mil millones de dólares forman la deuda actual, con respecto a la que el doctor Martínez de Hoz y su equipo intentaban mejorar en 1976. Pero hay una cosa peor todavía, que es el endeudamiento externo per cápita. Excluida Israel, que tiene una relación muy especial con Estados Unidos, los argentinos tenemos el triste honor de tener la más alta cifra individual de endeudamiento externo. Cada argentino debe hoy, aproximadamente, 1.100 dólares.

Además, prometió el saneamiento monetario. El saneamiento es una cosa obsesiva para estos hombres que están formados en la corriente del monetarismo. (Esa corriente cree que lo básico en una economía es su fenomenología monetaria y financiera, contrariamente a lo que concebimos nosotros, que lo básico es la actividad productiva y que la economía es la ciencia que estudia las leyes que rigen los fenómenos de la producción y del cambio). En materia del saneamiento monetario, no obstante mi incredulidad personal, cabía abrigar alguna esperanza.

Pero, ¿qué ha ocurrido? En cinco años Martínez de Hoz no logró mejorar los índices de inflación respecto a los tres años del gobierno anterior. El gobierno peronista tuvo una tasa mensual acumulativa de inflación menor que en los cinco años de Martínez de Hoz. Con esta diferencia: el aparato productivo, hasta 1976, con todos los problemas y conflictos, era un aparato productivo intacto; posteriormente la recesión y la destrucción del aparato productivo son el rasgo característico, no obstante lo cual, la inflación fue más aguda. La falta de sobriedad en el manejo de la emisión fue realmente impropia de hombres educados en la teoría cuantitativa de la moneda, quienes, religiosamente, señalan que hay una relación que debe respetarse entre la masa monetaria y la masa de bienes en intercambio.

Tampoco en esto pudo cumplir.

Con respecto al agro, enfatizó que había que ampliar las fronteras agropecuarias y había que elevar sustancialmente los ingresos del sector largamente flagelado por la aplicación de malas políticas. ¿Qué pasó en este otro punto? El gobierno del eficientismo llegó a probar que en la pampa húmeda, sede del fenómeno ecológico y edafológico más raro y exultante del mundo, donde todavía se puede producir extensivamente — contrariamente a lo que ocurre en todas partes del mundo que

producen intensivamente con alta tecnología— hubo que comprar, porque era más barato, queso y leche en polvo de Holanda, de Bélgica y de Francia. Habían logrado disolver las ventajas comparativas que caracterizan a la pampa húmeda.

Pero no pasó eso solamente. La Patagonia vio paralizada sus ventas de lana (todavía los argentinos exportamos 500 gramos de tierra por cada 500 gramos de lana); la fruticultura y la horticultura del Valle del Río Negro sufrió quebrantos prácticamente generalizados y a ustedes, los mendocinos, no tengo que decirles qué pasa en esa rama en el Valle de Uco. La vitivinicultura también sufrió, como ustedes bien saben, y yo me relevo de la necesidad de explicarles la grave situación que tiene y que tuvo. La producción de porotos en el Noroeste fue de tal manera calamitosa que una planta ejemplar de procesamiento de porotos y de todos los frutos afines, capaz de seleccionar, pulir, envasar y despachar, no ha podido ser plenamente utilizada todavía por el desastre económico en esas regiones. Con respecto al algodón, que compromete la situación de todo el Nordeste y todo el Litoral, ha ocurrido una cosa similar. Sobre la pampa húmeda podemos agregar que, después de los ajustes que se han producido en la paridad cambiaria, que de 2.000 pesos el dólar lo llevaron alrededor de 8.000 en el mercado financiero, no obstante, la exportación de carne y de trigo se hace con déficit en este momento.

Potencialidad argentina.

¿Pero en qué país ocurre todo esto? Ocurre en un país que, cuando celebró hace setenta años su centenario, era la quinta potencia mundial; en un país que tiene más de 3 millones de kilómetros cuadrados de las tierras más feraces del mundo, con los climas más benignos del mundo, que está surcado por ríos y arroyos de manera providencialmente equidistante, que tiene los minerales más críticos por los cuales suspiran todos los países — desde el hierro hasta el cobre— y entre esos dos minerales toda la gama que interesa para su explotación, porque están dados generosamente. Tenemos la segunda o tercera estructura íctica en el mundo (por su interés para la explotación pesquera) y tenemos gas para más de un siglo de desarrollo acelerado. Somos una potencia gasífera y nos damos el lujo de tirar a la atmósfera todos los días entre 7 y 10 millones de metros cúbicos, porque la infraestructura es impotente para llevar el gas a los lugares de consumo.

Tenemos petróleo, como decíamos en 1958; tenemos estructuras ricas en petróleo, como lo revelan estos días los pozos de 600 y 1.000 metros cúbicos diarios de la costa austral. Tenemos carbón. ¿Saben ustedes qué ocurre con el carbón? Las reparticiones argentinas no quieren consumir el carbón que se produce en el país; se saca el carbón en Río Turbio y se autocombustiona, se quema sólo; ni lo usamos, ni lo vendemos, ni lo exportamos.

En este país, con riquezas potenciales, privilegiado por Dios, no logramos salir de una crisis recurrente y grave como ésta. No existe otro camino para superar esta crisis que del desarrollo acelerado; y ese camino —que ya se aplicó y se conocen sus resultados, a pesar de todas las adversidades políticas que sufrió el gobierno que lo llevó a cabo— supone el sinceramiento, el cambio de la estructura productiva y el drástico redimensionamiento del sector público.

El sinceramiento es un elemento necesario pero no suficiente. Si el sinceramiento se aplicara cruzándonos de brazos ante los problemas de la movilización de la riqueza, ante el ritmo y la determinación de las prioridades; si creyéramos, como quienes secundaban la actividad del señor Martínez de Hoz, que es lo mismo producir caramelos que producir acero; si pensáramos eso y aplicáramos esa concepción de la política económica, tampoco podríamos resolver la crisis. En este país signado por la generosidad de Dios, que tiene 28 millones de compatriotas con el más alto nivel de capacidad (tal como lo comprobaron las compañías extranjeras que traían sus dotaciones de obreros y a los quince días los reexpedían a su lugar de origen porque entendían que el obrero criollo era infinitamente más dúctil, más inteligente y más industrioso); con todas estas virtudes tampoco podríamos resolver el problema.

El cambio de fondo tiene que atender a dos series de fenómenos: los de la estructura, con sus prioridades, y los del sector público, que debe ser redimensionado, que debe ser cambiado en su concepción. El Estado Nacional tiene que ser fuerte para proteger a la comunidad nacional, no para caer sobre sus espaldas aplastándolas. En este sentido, creo que se impone en forma absoluta el saneamiento de los pasivos empresarios. El pasivo actual no fue incrementado por perversidad de los empresarios ni por incompetencia, ni por falta de previsión. Tanto el endeudamiento público como el privado fueron estimulados por la concepción económica monetarista de la autoridad económica que tuvo a su cargo la conducción de la política de fondo.

La moratoria tiene que producirse en condiciones cabales y a tasas de interés que sean drásticamente negativas. Nadie va a traer un dólar, ni un peso va a ser reinvertido en el país, si las tasas de interés superan varias veces la rentabilidad media de las empresas.

Si no se destierra la inflación, si no se destierra la indexación que es un acto inmoral, no se podrá pensar en una economía en ascenso. La indexación es el estatuto de la inflación. Indexa aquella persona que está convencida de que, aunque diga lo contrario, no va a eliminar la inflación. Y entonces toma todos los recaudos para que esa inflación que no va a ser vencida, que al contrario va a ser desenvuelta en su apogeo, tenga un régimen que es el régimen de la indexación.

Un programa para la crisis.

El país necesita una moratoria, sinceramiento de tarifas, precios y salarios (que deben ser regidos no por los burócratas de turno sino por las convenciones colectivas de trabajo). Los niveles de protección tienen que estar determinados por la autoridad administrativa económica y monetaria con el concurso de las cámaras empresarias de cada rama, pero tienen que estar determinados con precisión. No puede ser que todavía hoy, este mes, hayan entrado a plaza pantalones y camisas del sudeste asiático, cuando las empresas textiles de todo el país están pasando por penurias indescriptibles. Ello debe darse junto con la movilización de la riqueza y determinación de las prioridades del desarrollo. Todo ello simultánea y enérgicamente. El país tiene riquezas petrolíferas, gasíferas, carboníferas; tiene que llamar a los inversores y ver qué están en condiciones de hacer y a qué precio, y empezar a movilizar de inmediato su potencial. El país se está achicando cada vez más. Sólo una política imaginativa, creativa, que piense en términos científicos los procesos de producción y de intercambio, puede dar una respuesta satisfactoria a esta grave crisis que asola al país y que se expresa, entre otras variables dolorosas, en el incremento de las enfermedades endémicas, en la deserción escolar, en la patología que aparece en los hospitales y que determina que, sea cual fuese el mal por el cual va el paciente a hacer la consulta, en última instancia la subalimentación es el factor dominante de su patología.

Este alarmante panorama social que las Fuerzas Armadas van a poder comprobar en las próximas revisiones de los conscriptos, es consecuencia de una política que ha sido concebida y desenvuelta pensando en otro país, no en la Argentina.

La totalidad de los problemas que tenemos son muy graves desde el punto de vista cualitativo y cuantitativo, pero a poco que adoptemos en forma orgánica, coherente y simultánea las medidas para atacar las causas del mal y no sus aspectos externos; vía del sinceramiento, se va a sentir el momento en que tocamos el piso y, al mismo tiempo, si movilizamos la riqueza y hacemos todo lo que se ha expuesto como necesario, vamos a estar despegando. "Despegar" significa no tener resuelto simultáneamente todos los problemas, pero significa empezar a resolverlos en vez de seguir discutiendo lo que estamos discutiendo todos los días, que es algo así como serruchar el aserrín. Empecemos a construir y a reconstruir. Hay que debatir los problemas de la reconstrucción del país y obrar en consecuencia. A partir de allí, las condiciones de vida y de trabajo y del pueblo van a sufrir rápidamente un cambio positivo y las empresas no van a ver desaparecer sus dificultades, pero van a empezar a crecer, a desenvolverse.

Quiero terminar diciéndoles que éstas son, a mi juicio, las características generales de la crisis argentina y del programa para superarla. He expuesto, lo más sintéticamente posible, la etiología y la historia de los principales hitos en los que ha aparecido la bifurcación de caminos donde se jugaba la opción de hacernos más Nación o debilitarnos, y cómo generalmente la elección correspondió al camino equivocado. Deseamos en primer término a nosotros mismos, y a todos los agrupamientos políticos, sociales, profesionales y culturales que en esta nueva instancia decisiva que tenemos por delante, elijamos el camino correcto y no tomemos, como ha sucedido, el que nos lleva a ser un país decadente. Este país es uno de los más ricos, tiene uno de los pueblos más dotados y tiene una bandera bicolor que debe ser respetada por todos los pueblos del mundo, por el empuje, el vigor y la persistencia de la acción de sus 28 millones de habitantes.